

TUPAC-AMARU

3 actos de
OSVALDO DRAGU

CUADRO I

Es el día 17 de noviembre de 1780. El despacho de su excelencia el visitador general don José Antonio de Areche, en el ayuntamiento. Al fondo un gran balcón que da sobre la Plaza del Regocijo, en el Cuzco. Las campanas resuenan triste y lentamente. La tarde cae poco a poco. Areche está mirando por el balcón. En la habitación se hallan el obispo Moscoso, el comandante Flores y el cacique inca Pumayalli Tambohuacso.

ARECHE (a Moscoso). — ¿Ha muerto algún importante personaje, ilustrísima?

MOSCOYO. — El Señor Visitador sabe que no.

ARECHE. — ¡No me gusta este ruido de campanas! Suenan a entierro...

MOSCOYO. — La gente se halla intranquila Excelencia... (Entra el esclavo indio y deposita sobre el escritorio una bandeja con una taza de chocolate.)

ARECHE (va hacia el escritorio y se sienta).

[9]

Para Rosa Luisa y Lowell, mis
hermanos. Gracias por serlo!
Amolobuyung
S. Juan, 15/8/79

Seminario

8019001E1
6410811

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-PP

— ¿Su ilustrísima desea tomar una taza de chocolate?

MOSCOYO. — No, muy agradecido, Señor Visitador.

ARECHE (*al Comandante Flores*). — ¿Y el señor Comandante?

FLORES (*impaciente*). — Tampoco. Gracias. Yo quisiera...

ARECHE (*lo interrumpe mientras prueba lentamente el chocolate*). — Me gusta el chocolate. Tiene el sabor dulce y agradable de las cosas bellas. En Madrid existen aún cosas bellas. ¡Pero en este maldito país!...

FLORES (*lo interrumpe impaciente*). — Señor Visitador, yo quisiera...

ARECHE (*en un acceso de furia*). — ¡Deje que su prisionero espere, Señor Comandante! No le hará daño estar de pie.

FLORES (*enérgico*). — ¡No es mi prisionero! Lo he mandado buscar cumpliendo sus órdenes, Señor Visitador.

ARECHE. — ¡Es un indio! ¡No le vendrá mal esperar! (*Le viene un acceso, su rostro se contrae por el dolor, su cabeza cae sobre el pecho y permanece un instante jadeando. Moscoso y Flores se miran. Areche vuelve a la normalidad. Susurra casi*)... no le vendrá mal... (*Los mira lentamente y dice refiriéndose a Tambohuac*) ¿Habla español?

FLORES. — Sí.

ARECHE. — Entonces, ¿por qué calla?

MOSCOSO. — El señor Visitador no conoce a los incas. Es un pueblo silencioso.

ARECHE. — ¡Pues deberíamos hacerlos hablar! No hay mejor forma de saber lo que piensa un esclavo... (*Tambohuacso vuelve hacia él la mirada, como un chispazo*) ¡Ah!... Parece que se ha ofendido.

FLORES. — No creo que ese sea el camino, Excelencia...

ARECHE. — ¿Cuál es, entonces? ¿Hacer redoblar las campanas? El señor Comandante y su Ilustrísima han nacido en este país. Eso los inclina a la benevolencia. Pero yo soy aquí el representante de su Majestad el Rey de España. Si hubiéramos sido enérgicos desde el principio, no existiría ahora intranquilidad, ni tendríamos que soportar estas malditas campanas...

MOSCOSO. — Señor Visitador... ¡son las campanas de la Catedral!

ARECHE. — Ya sé... ya sé... ¡Pero suenan a entierro! (*Mira a Tambohuacso.*) Parece un hombre viejo...

FLORES. — El cacique Pumayalli tiene más de 80 años...

ARECHE (*con rabia*). — Pues goza de muy buena salud... ¡por tratarse de un indio! ¿Saben ustedes que yo ya cumplí los 60?

MOSCOSO. — El señor Visitador los disimula muy bien.

ARECHE. — Sí, sí... ¡Pero estas campa..

nas!... (*Se levanta y va hacia el balcón. Luego de un instante vuelve hacia ellos.*) ¿A qué se debe esta repentina intranquilidad en el Perú, señor Comandante?

FLORES. — Aún no lo sabemos, pero se han visto largas columnas de incas, que tampoco sabemos hacia donde se dirigen. Ni siquiera tenemos idea de lo que sucederá...

ARECHE. — Nada, por supuesto. No se atreverán a luchar contra el ejército español... (*Va hacia Tambohuacso.*) ¿Hacia dónde van los incas... "cacique"?

TAMBOHUACSO. — Mi alma, vieja y cansada, sólo se dirige hacia la paz.

ARECHE. — No pregunté eso. Los incas... todos... ¿hacia qué sitio se dirigen?

TAMBOHUACSO (*como una estatua de piedra*). — Cuando un alma se siente vieja y cansada, vive para sus propias voces. Las mías piden paz y descanso.

ARECHE (*con furia*). — ¡El maldito sabe más de lo que dice! ¡Pero te juro, indio...!

FLORES (*lo interrumpe*). — He dado al cacique Pumayalli mi palabra.

ARECHE. — ¿Le ha dado usted su palabra, señor Comandante? Bien... bien, si es así...

MOSCOSO. — Podríamos enviar al cacique Pumayalli a un convento. Sería la mejor manera de evitar que entre en contacto con... otra gente.

ARECHE (*lo mira*). — ¿Usted también se siente intranquilo, ilustrísima?

MOSCO. — Prevenir los posibles males es uno de mis deberes...

ARECHE. — Sí... sí... comprendo. (*Entra el esclavo indio quien habla en voz baja a Areche. Este escucha atentamente y luego levanta la vista hacia Tambohuacso.*) Comandante Flores, conduzca al cacique Pumayalli hasta la habitación contigua. Deseo reflexionar sobre este asunto... (*Pumayalli sigue a Flores. Antes de que salga, Areche dice en voz alta a Moscoso, con intención de que Pumayalli escuche:*) Ha llegado el cacique Sahuaraura. (*Pumayalli oye, se detiene y luego sale. Flores lo acompaña y regresa.*)

MOSCO. — Esta visita me intranquiliza...

ARECHE. — No, ¿por qué? Ahora tendremos noticias ciertas, Ilustrísima. (*Entra Sahuaraura. Besa la mano del obispo y se inclina ante Flores y Areche.*)

ARECHE. — Mi corazón late con más fuerza ante la alegría que le produce la visita de su amigo, el cacique Sahuaraura.

SAHUARAURA. — Mi persona es indigna de despertar tales sentimientos en su Excelencia... pero el deseo de servirlo fielmente me ha traído al Cuzco.

ARECHE. — El Rey de España incluirá en sus plegarias a su leal hijo Sahuaraura.

SAHUARAURA. — Sin embargo, veo con pena

que mi padre, el Rey, olvida a sus mejores hijos y otorga en cambio títulos a quienes sólo piensan en traicionarlo... (*Todos se miran en tensión.*)

MOSCO. — ¡No se hable de traición sin pruebas! (*A Sahuaraura.*) ¡En nombre de Dios, te conmino a que hables!

ARECHE (*violento*). — ¿Quién piensa en traicionar... quién? Mi amigo sabe que siempre se han recompensado generosamente sus servicios...

SAHUARAURA. — ¡Pero se ha otorgado el título de Inca a un demonio que amenaza destruir la religión, y con ella el gobierno de Su Majestad, el Rey de España!

MOSCO. — ¿Qué fuerzas herejes se han apoderado de tí? ¡Estás calumniando al cacique Tupac Amarú que ha recibido la bendición de la Iglesia Católica!

ARECHE. — Dejemos ese punto para después, Ilustrísima... (*A Sahuaraura.*) Si el título de Inca ha sido otorgado a un traidor, mi amigo Sahuaraura puede tener la seguridad de que en este momento, mis ojos contemplan al futuro Inca.

SAHUARAURA (*sus ojos brillan satisfechos*). — Vengo de Tungasuca, Excelencia. Aún se estremece mi alma ante el peligro de haberse contaminado en su paso por el infierno...

ARECHE. — El alma del cacique Sahuaraura puede tranquilizarse. Tenemos los remedios ne-

cesarios... (*Se inclina hacia él.*) ¿Qué ha pasado en Tungasuca?

SAHUARAURA. — ¡El falso Inca Tupac Amarú ha convocado a los caciques y les ha puesto en la cabeza negros pensamientos de rebelión!

FLORES. — ¿Rebelión? ¡Es absurdo! No tienen armas...

SAHUARAURA. — ¡Dicen que desenterrarán las viejas maldiciones de los Incas, destruirán las iglesias, quemarán las imágenes sagradas y regarán la tierra con sangre española! (*A Moscoso.*) ¿Y puede ser ese demonio un buen hijo de Dios?

ARECHE (*sin darle mayor importancia*). — Por supuesto que no... (*Reflexiona*) ¡Por eso callaba Tambohuacso! Lo sabía y quería evitar responsabilidades...

SAHUARAURA (*intranquilo*). — ¿El cacique Tambohuacso está aquí? ¡No debe verme!

ARECHE. — No lo verá. En realidad, pienso que él ya no verá más a nadie... Comandante Flores, ¿qué posibilidades hay de una gran rebelión por parte de los incas?

FLORES. — Ninguna. Deben ser grupos de mendigos en tren de latrocinios...

ARECHE. — Pero los encabeza el cacique Tupac Amarú.

FLORES. — Permítame su Excelencia que lo dude. Tupac Amarú es un hombre rico. ¿Por qué se embarcaría en una aventura tan estúpida?

ARECHE. — Eso es lo que me intranquiliza,

Comandante. Usted se encargará de traer al Cuzco a Tupac Amarú.

FLORES. — No quisiera castigar a un inocente...

ARECHE. — Después averiguaremos si es inocente, antes quiero verlo aquí... ¡y que esas campanas dejen de torturarme los oídos! ¡Ya no las aguanto más! (*A Sahuaraura*) ¿Sabe alguien que usted ha venido aquí?

SAHUARAURA. — Nadie.

ARECHE. — Mejor... Volverá a Tungasuca. (*Sahuaraura se pone tieso. Areche lo nota.*) A pesar de que mis ojos están viejos y gastados, pueden distinguir algunas visiones, no muy lejanas...

SAHUARAURA. — ¿Y una de esas visiones...?

ARECHE. — Es la de un nuevo Inca... (*Sahuaraura se arroja de rodillas y le besa las manos. Areche casi lo esquiva, golpea las manos y grita*) ¡Mi chocolate! (*En ese momento las campanas suenan a rebato y llegan a través del balcón fuertes gritos de alarma.*) ¿Qué es eso? (*Todos menos Areche se precipitan al balcón. Este se tapa los oídos.*) ¡Esas campanas... Esas campanas!... (*Bruscamente hacen su entrada el corregidor Cabrera y su hijo. El estado de ambos es desastroso.*)

CABRERA. — Perdón, Excelencia, por no haberme hecho anunciar... pero mi dignidad pide venganza... ¡venganza contra esos bárbaros!

ARECHE. — ¿Qué ha sucedido, señor corregidor?

CABRERA. — ¡Exijo venganza... que los corten en pedazos y que arrojen su carroña a los buitres... venganza, Excelencia!

ARECHE (*grita*). — ¡Corregidor Cabrera!... (*Cabrera se calla y lo mira.*) ¡Mal ejemplo da usted, siendo español, mostrándose histérico como una mujer!... (*Pausa.*) ¿Qué ha sucedido?

CABRERA (*a borbotones*). — ¡Quisieron matarnos... a mi hijo y a mí... Destruyeron la mina, el obraje... y se apoderaron de los veinticinco mil pesos de mi corregimiento!...

ARECHE. — ¿Veinticinco mil?... ¿No debían ser quince mil, Señor Corregidor?

CABRERA. — ¡Yo no... yo no sé bien... tengo las ideas en desorden... Sólo sé que para ponernos a salvo, tuvimos que arrastrarnos entre la basura! ¡Venganza, Excelencia, venganza!

FLORES. — ¿Por qué no intentaron resistir?

CABRERA. — ¿Resistir? ¡Eran nubes de indios que se nos venían encima... miles!... ¡Nos hubieran destrozado! ¡Llegaron en silencio, como fantasmas! Y al frente venían como demonios, el traidor Tupac Amarú y su mujer...

ARECHE. — Parece que todos nos hemos equivocado...

FLORES. — No comprendo...

ARECHE. — ¿Usted no?... Señor Comandante, aliste enseguida un destacamento de trescientos soldados.

FLORES. — ¡Pero el Cuzco quedará indefenso!

ARECHE. — Ya nos encargaremos aquí de su defensa. Ahora es más urgente ahogar la rebelión.

FLORES. — Sí, Excelencia. (*Saluda y sale.*)

ARECHE (*a Cabrera*). — ¿Tienen idea hacia dónde se dirige Tupac Amarú?

CABRERA. — Van hacia Sangarara.

ARECHE (*reflexiona*). — Sangarara... Señor Corregidor, se pondrá usted al frente del destacamento y partirá hacia Sangarara.

CABRERA. — ¡Pero Excelencia... yo no soy hombre de guerra!

ARECHE (*lo mira friamente*). — Ya lo sé, señor Corregidor. Usted es un ladrón.

CABRERA. — ¡Excelencia!

ARECHE (*grita*). — ¡Un ladrón! Y mi España se tambalea por culpa de ladrones como usted... Pero es español. Eso lo hace mi igual. Irá a Sangarara, señor Corregidor y tomará venganza de sus agravios...

CABRERA. — Sí, Excelencia... (*Sin que lo noten hace su entrada Tambohuacso.*)

ARECHE. — Lo acompañará nuestro fiel amigo, el cacique Sahuaraura, y apenas vencidos los traidores, pondrá usted al cacique Sahuaraura en posesión del título de Inca...

SAHUARAURA. — Quisiera partir ya, Excelencia.

TAMBOHUACSO (*habla muy lentamente*). — "No robes, ni mientas, ni seas ocioso"... (*To-*

dos se vuelven a él. Sahuaraura lo mira fijamente con los ojos dilatados de asombro y terror.)
"No robes, ni mientas, ni seas ocioso"... ¿No contestará un cacique de los incas el saludo de su hermano?

SAHUARAURA. — ¡Pumayalli!

ARECHE (*sorprendido e inquieto*). — ¿Qué pasa... qué significa eso?

MOSCOSO. — ¡Es el antiguo saludo de los incas!

TAMBOHUACSO. — ¡Contesta, Sahuaraura!... ¡Supay!

MOSCOSO. — ¡Calla, Tambohuacso! ¡No digas herejías ante tu Obispo!

TAMBOHUACSO. — ¡Supay!... ¡Supay!... (*Avanza lentamente hacia Sahuaraura.*)

ARECHE (*con un brillo de triunfo en los ojos*). — ¡Llévenselo!... ¡Llévenselo!... ¡Así que tu alma quería la paz, viejo brujo!... (*Un soldado toma prisionero a Tambohuacso.*)

TAMBOHUACSO (*sin fijarse en Areche, parece quemar con los ojos a Sahuaraura*). — ¡Te maldigo, Supay!... ¡Supay!...

ARECHE (*al soldado*). — ¡Llévatelo... y póngale cadenas! (*El Soldado arrastra a Pumayalli y se lo lleva.*) ¡Haré que muy pronto tu salud sienta envidia de la mía, brujo!

SAHUARAURA. — ¡Me maldijo!...

ARECHE. — ¿Qué?

SAHUARAURA. — ¡Me maldijo... Siento como si mi sangre estuviese envenenada!

Moscoso. — ¡Cállate! ¡No olvides que eres católico! ¡La maldición de un hereje no puede llegar hasta ti! ¡Yo te bendigo!

SAHUARAURA. — Me maldijo...

ARECHE (*se aproxima a Sahuaraura*). — ¿El futuro Inca permitirá que la maldición de un viejo empañe su próxima grandeza? (*Sahuaraura lo mira. Se pone de rodillas ante él. Luego besa la mano del Obispo y sale lentamente. Areche lo mira alejarse.*) ¡Bastardo!... (*Se vuelve a Cabrera.*) Señor Corregidor, creo que no debo insistir para que la represión esté de acuerdo con el agravio que usted ha sufrido.

CABRERA. — Le prometo que dentro de una semana estarán en el Cuzco todos los culpables.

ARECHE. — ¡No quiero a nadie en el Cuzco! ¡Sólo sus cabezas! ¡Usted es responsable de que en Sangarara no quede piedra sobre piedra! ¿Ha entendido?

CABRERA (*lo mira fijamente*). — Si... creo que sí. Excelencia antes de partir, quiero recomendarle a mi hijo. (*El joven se pone firme en su sitio.*) Es de confianza y puede ser muy útil... no es hombre de guerra... debía venir al Cuzco para proseguir sus estudios... pero...

ARECHE. — ¡Mal momento eligió para sus estudios!... (*Observa al joven detenidamente.*) ¿Así que él tampoco es hombre de guerra? ¡Buena sangre corre por sus venas, señor Corregidor! De cualquier forma, no creo que esta guerra sea para los hombres de guerra... Pero

ya tengo una misión para su hijo. Puede partir... Sangarara está lejos. Y recuerde: ¡me traerá la cabeza de los traidores y la noticia de que Sangarara ya no existe!... (*Cabrera saluda y sale. Areche se sienta en su escritorio y comienza a escribir. Al joven:*) Tú vas a Lima para pedir tropas de refuerzo. (*A Moscoso.*) ¿Cuáles son los caciques en quienes podemos confiar, Ilustrísima?

MOSCOZO. — Sinanyuca, Rosas, Pumachaua...

ARECHE (*al joven*). — De paso para Lima verás a cada uno de ellos... Les informarás de la traición de Tupac Amará y de que deben partir sin pérdida de tiempo hacia el Cuzco con toda la gente apta para la guerra...

CABRERA (h). — Sí, Excelencia.

ARECHE. — Y algo más, muy importante... A cada uno de ellos, por separado, le prometerás el título de Inca... ¿Me entiendes?

CABRERA (h). — Perfectamente, Excelencia...

ARECHE. — Mejor así. (*Le entrega lo que había estado escribiendo.*) Toma. Esto es para el Virrey, en Lima... y esto es el comprobante de que tu palabra es la mía. Ahora parte. Si cumples felizmente tu misión, tu porvenir está asegurado...

CABRERA (h) (*con los ojos brillantes*). — ¡Cumpliré! (*Saluda y sale. Entra Flores impetuosamente.*)

FLORES. — ¿Quién ha dado autorización para se encadene al cacique Pumayalli?

ARECHE (*tranquilamente*). — Yo, pero por muy poco tiempo. El cacique Pumayalli será ahorcado esta misma tarde. ¿Ha sido puesto el destacamento bajo el mando del Corregidor Cabrera?

FLORES. — ¿De qué destacamento habla usted? ¿Cómo se ha atrevido a violar la palabra que yo había empeñado? ¿O es que en España...?

ARECHE. — ¡No nombre a España, señor Comandante... o tal vez recuerde que no es usted español!... ¡La palabra empeñada! Me asombra usted... parece poeta, no militar... ¿Oye esas campanas? ¡Pues ellas tienen razón! Hablaba usted de latrocinios. ¡No, no son latrocinios! Es una rebelión. Es una rebelión de esclavos. ¿Sabe usted cómo debe combatirse una rebelión de esclavos? ¡A sangre y fuego! (*Entra el esclavo indio con una taza de chocolate. Areche se sienta.*) ¿Desean ustedes una...? No, no. Olvidaba que no les gusta el chocolate... ¡La palabra empeñada! (*Los mira fijamente.*) Somos tres, señores... pero somos uno. El Cuzco está lleno de incas. Para que esos incas no representen ninguna amenaza exterior, el cacique Pumayalli será ahorcado dentro de cinco minutos... por usted, señor Comandante. (*Flores saluda y sale.*) Y apenas finalizada la batalla de Sangarara, su Ilustrísima aplicará la excomunión al traidor de Dios y al Rey, Tupác Amará.

MOSCOSO. — Excelencia... *(Saluda y sale. Las campanas suenan con más fuerza.)*

ARECHE *(solo. Le acomete un ataque que lo deja jadeante, con la cabeza caída sobre el pecho).* — Estamos muy enfermos, España... ¡Pero aún daremos trabajo!... *(Empieza a redoblar el tambor que acompaña a la horca a Pumayalli. El sol ha caído y semeja una gran mancha sangrienta.)*

CUADRO II

El mismo escenario del cuadro anterior. Está anocheciendo. Desde afuera llega el interminable coro de lamentaciones que el pueblo del Cuzco eleva a Dios en las calles. Sobre el escritorio de Areche se ha extendido un gran mapa del Perú. En escena Areche y el médico de Areche. Este lo atiende.

MÉDICO. — ¡Excelencia por favor!... ¡Si su excelencia no deja de moverse, yo...!

ARECHE. — ¡Vete al demonio! ¡Déjame tranquilo!

MÉDICO. — Pero, Excelencia... su salud...

ARECHE. — ¡No eres tú quien puede devolverme mi salud! Vete, pero no salgas del Ayuntamiento. *(Entra el Obispo Moscoso.)*

MÉDICO. — Como su Excelencia ordene... *(Sale.)*

Moscoso. — ¿Cómo se siente usted, Excelencia?

ARECHE (*se recuesta en su sillón*). — ¡Ay, Ilustrísima... este cuerpo mío, actual, se niega a soportar un alma que pertenece al año mil quinientos! ¡Una gran injusticia ha cometido conmigo el Altísimo! (*Toma una cerámica que estaba sobre su escritorio.*) ¿Vé usted esto? ¿Sabe a quien representa?

Moscoso (*asombrado*). — ¡Es una figura de Tupac Amarú! ¿Cómo ha llegado a manos de su Excelencia?

ARECHE. — Fué puesta hace dos noches en mi puerta. Parece que la excomunión de Su Ilustrísima no afectó mucho al autor...

Moscoso. — ¡El culpable debe ser castigado como escarmiento para los herejes! ¿Sabe usted quién es el autor? (*Entra el joven Cabrera.*)

ARECHE. — No, no lo sé. Pero hoy serán colgados todos los ceramistas indios del Cuzco. (*Mira la estatuita.*) ¡Buen trabajo! Lástima que la época no sea apropiada para los artistas...

CABRERA (h) (*va hacia Areche y le alcanza un libro*). — De acuerdo a sus instrucciones, me apoderaré de este libro, Excelencia...

ARECHE (*lee el título*). — ¡Ajá! Montesquieu... (*A Moscoso.*) ¿Está el francés Montesquieu en el Index del Santo Oficio, Ilustrísima?

Moscoso. — ¡Por supuesto que está! ¿Quién

es el hereje que lee en el Cuzco esos instrumentos del infierno?

ARECHE. — Los mismos que asisten a sus sermones, Ilustrísima. (*A Cabrera.*) ¿Te vio alguien cuando lo sacaste?

CABRERA. — Nadie, Excelencia. Como soy amigo de la casa, gozo de amplias libertades...

ARECHE. — Bien... Bien. Seguirás siendo amigo de la casa. ¿Se le avisó que yo quería verlo?

CABRERA. — Sí. Estará aquí dentro de breves instantes.

ARECHE. — Muy bien...

CABRERA (*vacila*). — Excelencia... no sé si debo... pero hay algo que mi fidelidad me obliga a poner en su conocimiento...

ARECHE. — ¿De qué se trata?

CABRERA. — El Comandante Flores... es amigo personal del criollo Roldán... Lo he visto en su casa varias veces...

ARECHE. — ¡Ajá! Has hecho bien en informarme... Cuando llegue Roldán, haz que me avisen... (*Entra Flores.*)

CABRERA. — Así lo haré, Excelencia... (*Sale.*)

FLORES (*saluda a ambos*). Ilustrísima, Excelencia... ¡Las calles del Cuzco han sido inundadas por el pueblo que marcha en procesión! (*A Moscoso.*) ¡Creo que su Ilustrísima debería tranquilizar los espíritus!

ARECHE. — ¿Por qué, señor Comandante?

Eso está bien. ¡Cuanto más miedo tenga ante el rebelde, con más furor defenderá el pueblo del Cuzco su ciudad!

FLORES. — ¡Pero es que los mismos sacerdotes hacen correr rumores sobre herejías de los incas, herejías que no sabemos si son ciertas!

MOSCOSO. — ¡Los sacerdotes obedecen mis órdenes, señor Comandante! ¿Y por qué duda usted que esos herejes sean capaces de los mayores crímenes?

FLORES. — Soy hombre práctico, Ilustrísima, y sólo creo en lo que veo. Como soldado, no entiendo de sutilezas, así que preferiría limitarme a mi misión.

ARECHE. — Se lo agradeceré, señor Comandante. ¿Qué noticias nos llegan del rebelde?

FLORES. — Ninguna... Pareciera que a nuestros mensajeros se los tragase la tierra.

ARECHE. — ¡Sólo a los muertos se los traga la tierra!

FLORES. — Es posible que así sea, señor Visitador. Sabemos que es Micaela Bastidas, la mujer de Tupac Amarú, quien ha organizado personalmente la vigilancia de los caminos del Perú...

ARECHE. — ¿Una mujer se burla del ejército español, señor Comandante?

FLORES. — A veces dudo de que Micaela Bastidas sea una mujer.

ARECHE (*lo mira fijamente, luego prosigue*). ¡Ajá! ¿Con cuantos hombres contamos?

FLORES. — Incluyendo los indios de los caciques Choquehuanca y Bustinza, tenemos diez y ocho mil hombres...

ARECHE. — ¿Ha elaborado usted algún plan de ataque, señor Comandante?

FLORES. — ¿Ataque? Atacar ahora sería un suicidio... como si quisiéramos tragarnos el mar. Otros son mis pensamientos... pero...

ARECHE. — ¿Pero qué...?

FLORES. — Sin noticias sobre Tupac Amarú, sólo son burbujas...

MOSOSO. — ¿Hay inconveniente en que nos enteremos del contenido de esas burbujas, Comandante Flores?

FLORES (*los mira y va hacia el mapa*). — Sabemos que el Inca dividió su ejército, y una parte está bajo el mando de su mujer. Pues bien, yo creo que las intenciones de Tupac Amarú son que los dos cuerpos converjan sobre el Cuzco en distintas direcciones. Así procedería yo, si estuviese al mando de los incas...

MOSOSO. — ¡Usted es un militar de carrera, señor Comandante, en cambio los incas...!

ARECHE. — Los incas han reemplazado la estrategia por el sacrificio, y no sé cual es más peligroso de los dos. No olvidemos nuestros desastres en Sangarara, Ilustrísima. Prosiga, señor Comandante...

FLORES. — Pues bien, si atacásemos primero a Micaela Bastidas, quitaríamos a Tupac Amarú

el refuerzo esperado, y luego podríamos vencerlo fácilmente...

ARECHE. — Interesante... muy interesante... ¿Y cuáles son las dificultades que ve usted para la feliz realización de su plan?

FLORES. — No sabemos si el Cuzco podrá resistir el tiempo necesario, Excelencia...

ARECHE. — Sí, sabemos. Los caciques que están de nuestra parte se encargarán de que los indios no traicionen. ¿Qué más?

FLORES. — Deberá movilizarse toda la población...

ARECHE. — Bien. Se movilizará.

MOSCO. — ¡El clero del Cuzco defenderá su religión! ¡Yo me encargaré de que se formen destacamentos de sacerdotes!

ARECHE. — ¡Esa es una idea valiosa, Ilustrísima! Infundirá valor al pueblo... Casi estoy por aceptar su plan, señor Comandante. Sólo veo un punto flojo.

FLORES. — ¿Cuál, Excelencia?

ARECHE (*mirándole fijamente*). — Los criollos.

FLORES. — No entiendo.

ARECHE. — ¿No? Es lamentable. Pensé que usted, por ser criollo, podría aclararme algunas dudas...

FLORES. — Sigo sin entender. Sin embargo, vislumbro que pone usted en tela de juicio mi fidelidad...

ARECHE. — ¡Piense usted lo que quiera, se-

ñor Comandante! No es su fidelidad lo que me importa, sino España. Nosotros somos hombres, pequeñas partículas de tierra... y tarde o temprano desapareceremos, convertidos en polvo. Pero España... ¡España es Dios para mí! (*Toma la pequeña estatuilla de Tupac Aramú.*) Este es Tupac Aramú... Un cuerpo entero, señor Comandante, un organismo. Una cabeza y un corazón apoyados sobre dos piernas que deben llevarle adelante. Bien, ¡yo he destrozado una pierna! (*Arranca una pierna de la estatuilla.*) ¡...los indios que lucharán a nuestro favor! Está rengo, pero no vencido. ¡Debemos arrancarle la otra pierna, señor Comandante, y entonces será nuestro!

FLORES. — ¡La otra pierna es leal a España, señor Visitador!

ARECHE. — ¡No lo es! ¡Tendría que serlo, pero no lo es! ¿Qué diría usted, señor Comandante, si yo le demostrase que uno de los jefes de Tupac Aramú mantuvo varias entrevistas con un respetable criollo de Cuzco?

FLORES (*lo mira y va hacia Moscoso*). — ¿Es cierto eso, Ilustrísima? (*Moscoso asiente con la cabeza.*)

ARECHE. — ¿Y que diría usted si yo le demostrase que ese respetable criollo es su amigo, don Felipe Roldán?

FLORES (*lo mira largamente. Luego vuelve y va hacia el fondo*). — Lo haría fusilar, Excelencia.

ARECHE. — ¡Bravo, Comandante Flores! (*Entra Cabrera.*) Tenga usted preparado el ejército para poner en práctica su plan... y un pelotón de fusilamiento para el señor Roldán.

FLORES. — A sus órdenes. (*Saluda y sale.*)

ARECHE (*a Cabrera*). — ¿Roldán está ahí?

CABRERA (*muy excitado*). — No, señor... ¡Pero ha llegado un sacerdote que dice haber pasado a través del ejército rebelde! Pide hablar con Su Excelencia...

ARECHE (*sorprendido*). — ¿Qué? ¡Hazle pasar! (*Cabrera sale y al instante entra un sacerdote que saluda respetuosamente a Areche y Moscoso.*)

ARECHE (*impaciente*). — ¿Dónde... dónde está Tupac Amarú?

SACERDOTE. — A unos diez kilómetros del Cuzco, Excelencia...

ARECHE. — Entonces... mañana estarán aquí. Ha llegado el momento. (*Pausa.*) ¿Pasó a través de su ejército? Me parece milagroso verlo con vida...

MOSCOSO. — Dios protege a sus hijos sobre la tierra.

SACERDOTE. — Para mí también es un milagro del cielo. Yo venía hacia el Cuzco, ya que todos mis fieles se habían unido al rebelde. Cuando caí en poder de los incas, mi corazón desfalleció de temor. Pero luego de hacerme pasar la noche con ellos me soltaron y...

MOSCOSO. — ¿Te torturaron durante la noche?

¿Quisieron obligarte a abjurar de tu religión?

SACERDOTE. — No, Ilustrísima, al contrario. Muchos de ellos me confiaron sus plegarias al Altísimo...

ARECHE. — ¿Vió usted a Tupac Amará?

SACERDOTE. — No sé, Excelencia... Estaba oscuro... Los incas eran muchos y yo me sentía más muerto que vivo... Menos mal que sus plegarias eran muy simples y no debí esforzarme mucho para responderles...

MOSCOSO. — ¿Les aconsejaste la sumisión al Rey de España?

SACERDOTE (*baja la cabeza*). — Yo... no, Ilustrísima... Comprenda usted...

ARECHE. — Comprendo. ¿Qué pedían los herejes?

SACERDOTES. — Tonterías... debe usted comprender que son muy ignorantes. Uno pidió buena cosecha para el futuro... otro que su mujer alumbrase un varón... otro... bueno, cosas así... Sólo uno pidió... (*Se calla.*)

ARECHE. — ¿Qué?... ¿Qué pidió?

SACERDOTE (*algo cohibido*). — Paz para el alma de Su Excelencia...

ARECHE (*lo mira con los ojos abiertos por la sorpresa*). — ¿Paz... paz para mi alma? (*Lanza una carcajada. Pausa.*) ¿Tienen mucho armamento?

SACERDOTE. — Alcancé a ver muy pocos fusiles. (*Areche se pasea.*) La mayoría trae palos, lanzas y hondas...

ARECHE (*va hacia el balcón y mira hacia afuera.* — ¡La gente se ha enterado de su presencia! (*Vuelve hacia el sacerdote.*) Saldrá usted a la Plaza y dirá al pueblo que los incas lo torturaron y quisieron hacerle besar ídolos paganos... Veamos... (*Le desgarró la vestidura.*) ¡Así será más conveniente!

SACERDOTE. — ¡Pero Excelencia... no comprendo!

ARECHE. — ¡Comprendió entre los incas que no debía defender al Rey de España! ¿Por qué le cuesta trabajo comprender ahora?

MOSCO. — ¡Vé... y pon en tus palabras la fuerza que toda misión de Dios debe infundir entre nosotros! (*El sacerdote los mira, saluda y sale.*)

ARECHE (*suspira*). — ¡Ah...! ¡Es extraña la sensación que me invade, Ilustrísima! Siento como si mi vida hubiese sido arrojada por una catapulta para ser puesta en este momento frente a Tupac Amarú... ¿Será esa la finalidad de mi existencia?

MOSCO. — La finalidad de toda existencia es servir a Dios...

ARECHE. — ¡Sí... claro, claro! ¡Todo es tan simple! (*Entra un soldado.*)

SOLDADO. — Excelencia, ha llegado don Felipe Roldán.

ARECHE. — Que pase. (*El soldado sale y entra Roldán.*)

ROLDÁN (*saluda*). — Ilustrísima... Señor Vi-

sitador... Me sorprendió mucho su llamado, pero mucho más acaba de sorprenderme el disturbio que hay en la plaza, y que sea un sacerdote quien...

MOSCOSE. — ¡Ese sacerdote sufrió durante una noche toda clase de ultrajes por parte de los rebeldes!

ROLDÁN. — ¡Oh, perdón, no lo sabía! Pero de cualquier manera, no creo conveniente exacerbar los ánimos de la población. Puede producirse disturbios, señor Visitador...

ARECHE. — No se producirán, señor Roldán. En realidad, lo he hecho venir para que no se produzcan.

ROLDÁN (*algo nervioso*). — No comprendo...

ARECHE. — Cuando llegué de España, me ofreció usted una fiesta en su finca. ¿Recuerda? Después, desgraciadamente, nuestras relaciones se interrumpieron...

ROLDÁN. — No es eso... sólo qué...

ARECHE. — Ya sé, ya sé... Nuestras mutuas ocupaciones nos absorbieron... Además, españoles y criollos... ¡En fin! Lo cierto es que lo lamenté mucho. Y en este momento, de tanta gravedad para el Cuzco, quisiera corregir aquella gratitud. ¿Comienza a ver claro?

ROLDÁN. — No... No...

ARECHE. — Deseo que comande usted uno de los cuerpos que defenderán la ciudad. (*Roldán y Moscoso lo miran asombrados. Roldán no con-*

testa.) ¿No me responde usted nada, Don Felipe?

ROLDÁN. — Yo... no creo ser el hombre indicado, señor Visitador. Nunca he tenido experiencia militar.

ARECHE. — No se menosprecie. Su influencia es grande entre los criollos. ¡Vamos, vamos, amigo mío! ¡Nada de falsa humildad!

ROLDÁN. — No puedo aceptar, señor Visitador.

ARECHE (*lo mira fijamente*). — ¿Ha sido también esa su respuesta a Tupac Amarú?

ROLDÁN (*con los ojos abiertos por la sorpresa*). — ¿A quién?

ARECHE. — ¡Al emisario de Tupac Amarú con quién mantuvo usted entrevistas secretas!

ROLDÁN (*salta*). — ¡Me ha mentido!... ¡Todas sus palabras, desde que entré en esta habitación, fueron mentiras!

ARECHE. — ¿Creyó usted que la mentira era privilegio suyo?

ROLDÁN. — ¡Niego esa acusación! ¡Nadie podrá probarla!

MOSCO. — ¡Yo podré, indigno hijo de Dios! ¡Tu mujer confió en su confesor, más que tú en tu obispo!...

ROLDÁN. — ¿Mi mujer? (*Va hacia Moscoso.*) ¿Y no vacila usted en romper el secreto de la confesión?

MOSCO. — ¡No hay tal secreto cuando aten-

ta contra la seguridad del Rey! (*Un redoble de tambor se aproxima lentamente.*)

ARECHE. — El pelotón de fusilamiento viene en su busca, señor Roldán.

ROLDÁN. — ¡Si me hacen fusilar por motivos políticos, tendrán en contra a todos los criollos del Cuzco!

ARECHE. — ¡Ah, pero yo no lo haré fusilar por motivos políticos! En su casa fue hallado este libro. (*Se lo enseña.*) ¡Nada menos que el francés Montesquieu, señor Roldán!

ROLDÁN. — ¿Quién...?

ARECHE. — Montesquieu... y el Santo Oficio lo condena por herejía. Lo haré fusilar porque es un enemigo de la religión católica. (*Violentemente.*) ¡Pero maldito sea, no es usted la persona inteligente que yo creía! ¿No sabe acaso que Tupac Amarú se ha apoderado de los obrajes y ha repartido las tierras entre sus incas?

ROLDÁN. — ¿Qué quiere decirme con eso?

ARECHE. — Tiene usted una hermosa finca, y muy grande... Sí, Roldán... Causó mi sincera admiración una vez...

ROLDÁN. — ¡No siga hablando! ¡Mándeme fusilar!

ARECHE. — ...Y realizaba allí hermosas veladas, donde sus invitados discutían a Montesquieu, mientras se recreaban contemplando las fuentes y aspirando la fragancia de los jardines. No puedo imaginarse tanta belleza en poder de

esa chusma hambrienta. ¿Puede usted, señor Roldán? ¿O ni siquiera ha pensado en eso?

ROLDÁN. — ¡Sí... pensé! ¡No he dejado de pensarlo ni un sólo día!

MOSCO. — Tal vez podamos aún salvar tu alma... *(Entra Flores.)*

FLORES. — Todo está preparado, Excelencia... *(Se produce un pesado silencio.)*

ARECHE *(suave)*. — Pondrá en práctica su plan, señor Comandante. Partirá en busca de Micaela Bastidas. En cuanto al pelotón... *(Mira a Roldán. Este no contesta. Areche empieza a quemar el libro.)* ...creo que ya no es necesario. El señor Roldán ha decidido cooperar con nosotros. *(Flores mira a Roldán, saluda y sale. Roldán se dirige hacia la salida.)* ¡Ah, don Felipe!... *(Roldán se vuelve a Areche.)* He decidido otorgar una recompensa de veinte mil pesos a quien entregue a Tupac Amarú. Espero que colaborará usted con parte de la suma... *(Roldán lo mira y sale sin hablar.)*

MOSCO. — Hemos ganado un alma al infierno.

ARECHE *(toma la estatua de Tupac Amarú)*. — ¡Arranquemos la otra pierna. Ilustrísima! *(Lo hace.)* También sus manos le abandonarán... veinte mil pesos es mucho dinero... ¿Y qué pueden hacer solos, una cabeza y un corazón?

ACTO SEGUNDO

El mismo escenario del acto anterior, pero ha cambiado el ambiente y la disposición de las cosas. El despacho de Areche se ha transformado en tribunal. En medio de la sala una pequeña tarima negra donde cabe una persona de pie. Frente a ella y en el costado derecho, una gran tarima. Sobre ella una mesa cubierta con un paño, y cuatro altos sillones. Al fondo y mirando hacia el gran balcón, un sillón. Areche está sentado en él, de espaldas al público, por lo que no se lo distingue. Desde la Plaza del Regocijo llegan cantos y gritos. Cabrera el joven se halla en la pieza, acomodando algunas cosas sobre la mesa. Está algo borracho.

CABRERA (canta)

*Y vi a la niña con un capitán,
y a la taberna me fui a emborrachar...
a emborrachar... a emborrachar... (Entra
el esclavo indio con una taza de chocolate. La
deja sobre la mesa.) Perdiste la cola, indio...
¿Qué se hizo de tu cola? Un diablo sin cola
es un pobre diablo... Tu Inca es un pobre dia-*

blo, sin cola y con cadenas... ¿Eres uno de los que besaba las cadenas de tu Inca? (*Se tambalea.*) ¡Cristo! (*Grita.*) ¡Indio, te prohibo que me mires cuando estoy borracho! (*Huele el chocolate.*) ¡Puah! No entiendo cómo se puede tomar esto... ¿Bajaste al sótano para oír chillar a tu Inca mientras lo torturan? (*El indio cruza la escena sin hablar y se dirige hacia la puerta.*) ¡Indio!

ESCLAVO (*se detiene*). — Señor...

CABRERA. — ¡Señor! Eso está bien, muy bien... diablo sin cola. (*Saca su cuchillo y se aproxima al indio que se encoje atemorizado.*)

CABRERA. — ¿Chillarás tú? (*Areche tose desde su sillón. Cabrera, por primera vez, se da cuenta de que hay alguien en la habitación.*)

ARECHE (*comienza a levantarse*). — Basta, Cabrera. (*El esclavo aprovecha para salir corriendo. Areche va hacia Cabrera. El Visitador ha envejecido mucho y parece muy enfermo.*) ¿Tan solo te sientes, hijo mío, que necesitas beber sangre para consolarte. Ve a divertirte a la plaza. El pueblo canta y baila, festejando la victoria...

CABRERA. — Estuve en el sótano.

ARECHE. — ¿Sí? Yo también.

CABRERA. — ¡Y no grita!

ARECHE (*luego de una pausa*). — Ya lo sé...

CABRERA. — ¿Por qué no grita? ¡Lo retuer-

cen en el potro y no grita! No puedo dormir, pensando...

ARECHE (*lo interrumpe*). — ...¿Pensando que tú gritaste cuando ellos nos atacaron? (*Toma la taza de chocolate.*) Deberías beber chocolate, hijo. Te enseñaría a esperar. (*Se sienta en uno de los altos sillones.*) Informa a los miembros del Tribunal que reiniciaremos el trabajo inmediatamente. Y dile a mi médico que venga.

CABRERA. — Sí, Excelencia... (*Va hacia la puerta.*)

ARECHE (*toma el chocolate*). — Y recuerda, hijo mío, que debes aprender a esperar. Mira la muerte, cómo sonrío cuando la gente canta y esconde el miedo en el bolsillo...

CABRERA. — No entiendo, Excelencia...

ARECHE. — No es la sangre de los esclavos lo que me importa, sino sus pensamientos. Y eso es lo importante. Saber cómo piensan y petrificarlos... (*Cabrera lo mira asombrado sin comprender.*) ¡Necesito el médico!

CABRERA. — Sí, sí... ya lo traigo, Excelencia... (*Sale. Desde afuera se oye un redoble de tambor y la voz del pregonero.*)

PREGONERO. — "Pueblo valiente y heroico del Cuzco, te informamos que luego de tres días de sesiones, hoy será dictada la sentencia definitiva contra el rebelde y su mujer. Que estas circunstancias sirvan para que nuestros corazones rebosen..." (*Su voz se va perdiendo, acompañada de gritos. Moscoso entra en la sala y con*

él llega el oidor Tadeo Diez de Medina que será el juez del proceso.)

MEDINA (*alcanza a oír las últimas palabras del Pregonero*). — Tres días, ¿eh? El tiempo, en América, viaja tan lento como sus carretas... ¿Así que hoy terminaremos, señor Visitador?

ARECHE. — Hoy terminamos... (*El médico asoma su nariz.*) . . .

MÉDICO. — Excelencia...

ARECHE. — Ven, acércate... (*A Moscoso.*) Ilustrísima, ¿qué círculo del infierno está destinado a los médicos? (*El médico se arrodilla junto a Areche, lo arremanga y saca una escudilla.*) ¿Qué piensas hacerme?

MÉDICO (*asustado*). — Una sangría, Excelencia...

ARECHE. — ¡Una sangría! Otra más... (*A Moscoso.*) Ilustrísima, ¿qué círculo del infierno está destinado a nosotros?

MOSCO. — Señor Visitador, usted exige de mí que le adivine el porvenir. No soy un hechicero indio...

ARECHE. — Perdóneme... de repente creí que todo era un juego. Nosotros hablando del tiempo, este idiota arrodillado y torturándome y en el sótano un torturado real que aguarda el momento de morir... De repente creí que todo era un juego...

MOSCO. — Está usted cansado.

ARECHE. — ¡Estoy cansado, y espero!...

¡Pero hoy terminamos, señor Medina! Una vez, en Madrid, vi a un actor gordo que decía, en un final de acto: "¡Me siento tan feliz!" Y en ese preciso momento se le cayó la peluca... ¡Me siento tan feliz, señor Medina, tan feliz! *(Se oye el redoble del tambor y la voz del Pregonero que pasa nuevamente. Entra Mata Linares.)*

PRECONERO. — "Luego de tres días de sesiones será dictada hoy sentencia definitiva..." *(Se aleja.)*

ARECHE *(al médico)*. — ¡Vete ya... déjame tranquilo!

MÉDICO. — Sí, Excelencia... *(Recoge sus cosas y sale.)*

MATA LINARES. — Tres días, ¿eh?... ¿Así que hoy terminamos, señor Visitador? *(Medina emite una risita aguda.)* ¿Qué sucede? ¿Dije algo gracioso?

MEDINA. — No. Sólo que repitió usted mis palabras, señor Fiscal.

MATA LINARES. — ¿Sí? ¡Qué curioso! *(Pausa.)* El pueblo ha comenzado a agolparse ante las puertas del Ayuntamiento. Creo que es hora de empezar.

MOSCOZO. — ¿Dónde está el comandante Flores?

ARECHE. — En la celda de Tupac Amará... *(Moscoso lo mira sin comprender.)* ¿Se sorprende? Desde que lo hicimos prisionero, el co-

mandante Flores no deja de visitarlo en su celda...

MOSCO. — Yo también he ido a verlo, para conseguir su arrepentimiento...

ARECHE (*se pone de pie*). — ¿Días tras día, sin faltar uno? ¿Ha envejecido usted Ilustrísima? No. Sólo dos hombres han envejecido en el Cuzco en estos diez días. El comandante Flores... y yo.

MEDINA (*sorprendido*). — Le noto a usted muy nervioso, señor Visitador...

ARECHE. — No estoy nada nervioso...

MEDINA. — No olvidemos entonces que fue Flores quien derrotó a Tupac Amará...

ARECHE. — ¡No lo olvido! Yo no olvido nada... Yo no olvido que Flores es criollo...

MOSCO. — Recuerde que yo también lo soy.

ARECHE (*lo mira*). — Usted es un Obispo de España, Ilustrísima. Lo reconozco en su manera de cerrar el puño. Usted es un Obispo de España... (*Entra Flores, parece mucho más viejo y como esa vejez no corresponde a su edad, Flores no es en absoluto un anciano reposado. Todo lo contrario. Ha perdido tranquilidad. A veces se exalta. Otras permanece callado, con la vista baja. Y hay momentos en que la mirada de Flores atraviesa el balcón y escapa hacia los lejanos picachos del Ande. Ahora está algo decaído.*)

FLORES. — Todo está en orden, Excelencia. Podemos comenzar...

MATA LINARES. — ¿El acusado principal... está en condiciones... de declarar?

FLORES. — Creo que convendría empezar por su mujer...

ARECHE. — ¡No lo creo necesario! Cuanto antes terminos con él, mejor...

MEDINA. — ¡Pero si es lo mismo, señor Visitador! ¿Por qué tanto apuro? Si hoy terminamos con esto, de cualquier modo.

ARECHE. — ¡Su piedad me hace mucha gracia, señor Juez!

MEDINA. — ¡No es piedad! Pero no es necesario exagerar la tortura...

ARECHE. — ¡Lo hemos condenado! No hay peor tortura para él... Pero sea. ¡Que venga primero la hembra! *(Areche se sienta en el sillón junto al balcón, casi de espaldas a todos. Los demás lo hacen en los sillones altos, frente a la mesa. En la puerta aparece Micaela Bastidas, la mujer de Tupac Amarú. Cuando asoma en el dintel, empieza a redoblar el tambor y se escucha al Pregonero.)*

PRECONERO. — "...sentencia definitiva contra el traidor y su mujer..." *(Se aleja. Micaela ha ido avanzando hasta el centro, al compás del redoble. Cuando éste se aleja, ella está ya sobre la pequeña tarima.)*

MICAELA *(mira a todos. Gran silencio)*. — ¿Mi marido ha muerto?

MEDINA *(muy asombrado por lo inesperado del juicio)*. — No... no ha muerto. ¿Por qué

habría de morir? Aún no ha sido dictada la sentencia...

MICAELA (*a Moscoso*). — Señor Obispo, ¿mi marido ha muerto?

MOSCOSO. — Mujer, el oidor Medina te ha dicho...

MICAELA. — ¡No me importa lo que diga él! Le pregunto al Obispo y a la cruz que lleva en el pecho.

MOSCOSO. — ¡Ahora te acuerdas de la cruz! ¡No quiero responderte! (*Micaela lo mira con desesperación.*)

ARECHE (*sin levantarse del sillón, vuelve lentamente la cabeza hacia ella*). — Tu marido no ha muerto... tu marido no ha muerto... (*Micaela le cree, sonrío y vuelve la vista hacia los demás.*)

MATA LINARES. — Micaela Bastidas, has sido acusada de traición y...

MICAELA. — Hace tres días que me acusan de traición. ¿Es necesario insistir?

MATA LINARES. — Hoy será dictada la sentencia y trato de resumir los cargos que se te atribuyen. No quisiste designar defensor...

MICAELA. — Mi defensor está en el sótano, torturado, tráiganlo, y me defenderá...

MEDINA. — Vendrá a su debido tiempo, pero no es tu defensor. Es nuestro principal acusado y el que te ha llevado a la muerte.

MICAELA. — ¿Cómo saben que es la muerte? ¿Ya decidieron...?

MATA LINARES. — Nadie ha decidido. Eres culpable, pero todavía no has sido condenada. Este es un juicio imparcial, donde no se inventarán acusaciones contra ti.

MICAELA. — Sí, es cierto. Pero, ¿y el corazón, señor Fiscal? ¿Su corazón también es imparcial? ¿Late igualmente por Micaela Bastidas que por los corregidores? Sus manos, Señor Fiscal, ¿acariciarían mis manos de la misma manera como acarician ese sello del Rey?

MATA LINARES. — No blasfemes. No es mi corazón quien te juzga, sino las leyes que quebrantaste. Y no son mis manos quienes te condenan, sino las Instituciones y España...

MICAELA. — ¡Ah, señor Fiscal! Desde hace tres días, sé que mi única culpa es haber sido compañera de mi marido.

MEDINA. — ¿Y lo sientes en ti como una culpa?

MICAELA. — ¿Es culpable la sombra por seguir a su amo? Yo fui su sombra.

MEDINA. — ¡Nadie te obligó a que lo fuese!

MICAELA (*sorprendida*). — No, claro que no. Nadie obliga a los ojos a mirar donde su dueño quiere. Él me dijo: mira allí, y miré. Me dijo: comprende esto, y comprendí.

MOSOSO. — ¡Estás diciendo herejías, mujer! ¿Crees en Dios?

MICAELA. — Sí, señor Obispo, creo en Dios.

MOSOSO. — ¡No es cierto! Si fuese cierto, hubieses sido la sombra y los ojos de Dios, y

hubieses comprendido a través de él. Sólo Dios era tu dueño, y te apartaste de su lado.

MICAELA. — No me aparté, señor Obispo. Estuvo a mi lado durante todo el tiempo.

MATA LINARES (*se levanta*). — Entonces crees en Dios...

MICAELA. — Sí.

MATA LINARES (*va hacia ella*). — Te acusan de haber otorgado el título de Obispo a un indio llamado Nicolás Villa. ¿Es cierto?

MICAELA (*mirando a Moscoso*). — Su Ilustrísima nos había excomulgado.

MATA LINARES. — Pero te acusan de haber nombrado Obispo a un indio. ¿Es cierto o no?

MICAELA. — Es cierto.

MOSCOSE. — ¿No sabes, hereje, que sólo la Iglesia puede señalar quiénes son los representantes de Dios sobre la tierra?

MICAELA. — Usted nos había dejado solos. El indio Nicolás Villa era muy viejo y estaba más cerca de Dios que nosotros. Por eso lo hice Obispo.

MOSCOSE. — ¡Era un borracho!

MICAELA. — Sus borracheras lo hacían soñar, y sus sueños nos hacían sentir bien.

MATA LINARES. — ¡Pero sabías que no podías nombrar Obispos! ¿Lo sabías o no?

MICAELA. — Lo sabía.

MATA LINARES. — Sabías que pecabas contra la Iglesia. ¿Lo sabías o no?

MICAELA (*pausa*). — Lo sabía.

MATA LINARES. — ¿Por qué lo hiciste?

MICAELA (*lo mira*). — Porque de pronto llegué a pensar que yo era Dios...

MOSCOSO (*se levanta impulsivamente*). — ¡Blasfemas!

ARECHE (*por primera vez desde que Micaela comenzó a hablar se pone de pie, dominado por la tensión*). — ¿Qué estás diciendo?

MICAELA. — Tuve que decidir. Muchas veces tuve que decidir. Matar o no matar. Y maté. Dar batallas o retirarme a las montañas para vivir en paz. Y di batallas. Y cuando mis indios necesitaron que alguien les dijese qué hacer, y sólo Dios podía decírselo, llamé a Nicolás Villa y le dije: "dirás esto porque es bueno". Y él lo dijo. Yo tenía que decidir. Sólo de mí dependía. Y cada vez que decidía me sentía grande como mis montañas, y pensaba: esto es ser Dios.

ARECHE (*exaltado*). — ¡Eres esclava! ¿Entiendes? ¡Tu cuello y tus manos llevan todavía la marca de las cadenas que España puso a los incas! Eres esclava y no hay nada que tú puedas decidir! ¡Todas tus decisiones fueron mentiras! Mentiste a los demás y te mentiste a ti misma.

MICAELA. — Pero fuimos felices, señor Visitador. Tuvimos que elegir entre nuestra mentira y su verdad, y no fue difícil, porque nuestra mentira era ser libres y su verdad eran las cadenas y la esclavitud.

ARECHE. — ¡Libres! Esclava, vas a morir...
¿Lo sabes?

MICAELA. — Sí. Cuando cumplí cinco años, mi madre me dijo que alguna vez tendría que morir. Yo elegí mi muerte. No sé cuántos pueden hacerlo, pero creo que son pocos.

ARECHE. — ¡Pero vas a morir, Micaela! ¡Y todo lo que fuiste, todo lo que mentiste, todo morirá contigo!

MICAELA (*baja la cabeza*). — Sí, creo que sí. La gente no nos ha tratado bien. Nos tiraron piedras, nos pisotearon... Tal vez todo muera conmigo.

ARECHE. — ¿Te arrepientes?

MICAELA (*asombrada por la pregunta*). — No. Porque yo decidí. Y si pudiendo decidir otra cosa, decidí ésta, no tengo de qué arrepentirme.

ARECHE. — ¡Pudiste haberte equivocado! ¡Tal vez todo lo que creiste era falso, todo lo que hiciste, engaño; todo lo que pensaste...!

MICAELA. — No, no lo creo. Usted grita demasiado, señor Visitador.

ARECHE (*con los ojos ardientes*). — ¡Maldita perra!

MATA LINARES. — Usted grita demasiado, señor Visitador. No es necesario. (*Areche lo mira y vuelve a su silla.*) Creo que la situación no ofrece ninguna complicación para nosotros. El juicio contra Micaela Bastidas ha sido absolutamente imparcial, y puede darse por termi-

nado. ¿Quiere usted hacer alguna otra pregunta, Ilustrísima.

MOSCO. — No, para mí está muy claro.

MATA LINARES. — ¿Señor Visitador...? (*Areche no contesta.*) ¿Usted, comandante Flores?

FLORES. — No, ninguna. Creo... que debería enviarse a la acusada a su celda. Parece muy cansada...

MATA LINARES. — No más que nosotros, señor Comandante. (*Grita hacia afuera.*) Traigan al reo. (*Pausa.*) Micaela Bastidas, declaramos cerrado tu proceso. No esperes clemencia por ser mujer, ya que no te comportaste como mujer. Luego te será transmitida la sentencia. (*A los soldados.*) ¡Que vuelva a su celda! (*Micaela se dirige hacia la puerta por donde ha entrado.*)

ARECHE (*grita impulsivamente*). — ¡Por ahí no! (*Micaela se detiene.*)

MATA LINARES (*al soldado*). — ¡Llévatela! (*El soldado la saca violentamente. Por la otra puerta entra Tupac Amarú encadenado y engriñado. Está casi ciego por las torturas recibidas. Avanza lentamente, empujado por Cabrera. Éste lo empuja cruelmente hasta la tarima. Tupac Amarú tropieza en ella y cae. Cabrera ríe. Flores se pone de pie. Tupac Amarú se incorpora y sube a la tarima con la vista hacia el frente.*)

ARECHE (*grita*). — ¡Que mire hacia el Tribunal!

TUPAC AMARÚ. — No veo. No sé donde está el Tribunal.

MATA LINARES. — No tiene importancia. Que mire para cualquier parte. Sólo es necesario que escuche. (*A Tupac Amarú.*) ¿Oyes bien?

TUPAC AMARÚ. — Sí, oigo bien.

MATA LINARES. — Eso es lo importante. (*Despreocupadamente.*) Bien... (*A Medina.*) Señor Oidor...

MEDINA. — ¡Ah sí, sí!... José Gabriel Condorcanqui, llamado Tupac Amarú por gracia de Su Majestad, el Rey de España, hoy termina tu proceso. Durante los dos primeros días ha de puesto contra tí un gran número de testigos. Tomando en cuenta sus declaraciones, dictaremos sentencia. Al igual que tu mujer, rehusaste designar defensor...

TUPAC AMARÚ. — Nadie defiende al caído. Porque quise hacerlo, hoy me condenan.

MEDINA. — ¡Tú no quisiste defender a nadie, sino castigar a todos! Por eso se te condena. Los miembros del Tribunal te harán las últimas preguntas, y luego pasaremos a deliberar sobre la sentencia. (*A Mata Linares.*) Señor Fiscal, no sé qué más...

MATA LINARES. — Correcto, correcto, señor Oidor. Los cargos contra el acusado son graves, y él no ha intentado rebatirlos.

Moscoso. — Ahora, creo que debemos tratar de obtener su arrepentimiento. (*A Tupac Ama-*

rú.) No dudo que desees morir perdonado por Dios...

TUPAC AMARÚ. — ¿Es usted, señor Obispo?

MOSCOSO. — Sí, soy yo. Dijiste que oías bien...

TUPAC AMARÚ. — Desco el perdón de Dios.

MOSCOSO. — En Sangarara incendiaste una iglesia...

TUPAC AMARÚ. — Los soldados se habían refugiado en ella.

MOSCOSO. — ¡Pero la incendiaste! ¿Lamentas haberlo hecho?

TUPAC AMARÚ. — Lamento que se hayan refugiado en la iglesia.

MOSCOSO. — ¿Pero te arrepientes de haberla destruído?

TUPAC AMARÚ. — Si hubiesen elegido otro sitio, no hubiese destruído la iglesia.

MOSCOSO. — ¿No sabes que las iglesias fueron puestas sobre la tierra para servir a Dios?

TUPAC AMARÚ. — Los incas también, y Su Ilustrísima no dijo nada cuando se los destruía en las minas y los obrajes.

MOSCOSO. — ¡No es la misma cosa!

TUPAC AMARÚ. — ¿Por qué no, señor Obispo? Las iglesias me enseñaron a creer, cuando era niño, y los incas me enseñaron a tener fe, cuando me hice hombre.

MOSCOSO. — ¡Reemplazaste la religión del cielo por la religión de la tierra!

TUPAC AMARÚ. — Es posible. Pero voy a mo-

rir y tendré mucho tiempo para pensar en la religión del cielo.

MOSCO. — ¡Debes temerle a la muerte, porque no habrá otra vida para ti!

TUPAC AMARÚ. — Le temo, señor Obispo, le temo...

MOSCO. — ¡Arrepiéntete, entonces y que Dios se apiade de tu alma! (*Mosco espera la respuesta del Inca pero éste guarda silencio. Mosco, furibundo, vuelve a su posición inicial.*)

MATA LINARES. — En Sangarara diste muerte al Corregidor Cabrera. Y yo no te pido arrepentimiento. Estoy acostumbrado a juzgar casos como el tuyo y son los hechos los que me interesan, no el arrepentimiento. El hecho es éste: asesinaste a un corregidor, sirviente del Rey. ¿Lo reconoces?

TUPAC AMARÚ. — Él traía órdenes de matarme.

MATA LINARES. — Confundes la situación. Tú quebrantaste las leyes.

TUPAC AMARÚ. — También el corregidor quebrantó las leyes.

MATA LINARES. — ¿Qué leyes?

TUPAC AMARÚ. — Las leyes que yo dicté para los incas.

MATA LINARES (*lo mira asombrado y se vuelve luego a Medina*). — Bien, señor juez, el acusado acaba de reconocer que a pesar de pertenecer al virreinato del Perú, a su majestad el Rey de España, ha dictado leyes por su cuenta.

El asunto está muy claro. Para mí no es nuevo y en todos los casos he solicitado pena de muerte...

ARECHE (*interrumpe*). — ¡Muerte! ¿Y qué ganaremos con éso? Yo hubiese podido darle muerte mil veces... pero este juicio nos demuestra que debemos destruir sus ideas, para que no quede nada de él.

MATA LINARES. — No comprendo su repentino apasionamiento, señor Visitador...

ARECHE. — Usted habla de leyes, y yo de España... Usted condena por sus leyes, yo porque soy español... (*Se acerca a Tupac Amarú y le mira en los ojos.*) ¿No ves, esclavo, es cierto que no ves? ¡Pero toca, toca, cierra tus dedos! ¿Qué te queda en las manos? ¡Cadenas, nada más que cadenas! ¡Prueba a caminar, prueba! ¡Darías diez pasos y te arrastrarías por el suelo como un gusano! Tus pies también están encadenados.

MEDINA. — Señor Visitador, me parece que...

ARECHE (*mira a Moscoso*). — Su Ilustrísima me comprende. ¿Por qué han llegado a pensar? ¿Qué les hizo creer que podían pensar?... (*Moscoso no le responde. Él se aproxima a Tupac Amarú.*) Eres un pobre indio...

TUPAC AMARÚ. — Sí, yo sé que soy un pobre indio. (*Cabrera ríe.*)

ARECHE (*a Cabrera*). — ¡No te rías, estúpido, que él se ríe de tí! (*A Tupac Amarú.*) Sin

embargo, hubo un tiempo en que fuiste respetado y tuviste fortuna.

TUPAC AMARÚ. — Lo he olvidado

ARECHE. — ¡No puedes olvidarlo! Era la paz y la tranquilidad. Criabas a tus hijos y rogabas a Dios. Tu mujer no era soldado y calentaba tu cama...

TUPAC AMARÚ. — Lo he olvidado.

ARECHE. — ¡No, te mientes... te mientes a tí mismo como mentiste a tus indios ignorantes!

FLORES (*se pone de pie*). — Señor Visitador... ¡Dejemos que muera como él decida!

ARECHE. — ¡No! ¡Sería suficiente para usted, no para mí! ¡Decidir... decidir...! ¡Esa palabra ha paseado todo el día por este tribunal! (*A Tupac Amarú.*) ¡No puedes haber olvidado la paz y la tranquilidad, como no las he olvidado yo. Si las abandonaste fue por ambición. ¡Yo te acuso de ambicioso!

TUPAC AMARÚ. — Sí. Creo que fui ambicioso.

ARECHE (*suave*). — ¿Qué ambicionabas? ¿Poder? ¡Yo ambiciono poder! ¿Y tú?

TUPAC AMARÚ. — Yo fui más ambicioso que usted. Quise que creyesen en mí. Que cuando les dijera que ya no eran esclavos se lanzaran a la conquista de su tierra...

ARECHE. — ¡Pero eran esclavos y los esclavos no pueden ser conquistadores y esclavos al mismo tiempo! Te combatieron, indio; aquellos por los que sacrificaste tu paz y tu tranquilidad te

combatieron. (*Señala hacia el balcón.*) ¡Allí están, entre el pueblo borracho, pidiendo tu cabeza!

TUPAC AMARÚ. — Algunos besaron mis cadenas.

ARECHE. — ¡Los hice matar! ¡Y sus hijos te maldecirán porque sus padres murieron por tu culpa. Debes agradecerme que te haya dejado ciego. No verás el odio que te acompañará a la muerte!

MEDINA. — Debemos terminar, señor Visitador...

ARECHE. — ¡Todo a su tiempo! ¡Él es mi enemigo! (*A Tupac Amarú.*) Están borrachos y sólo les interesa ver sufrir a otros para olvidar su propio sufrimiento. ¿Por ellos luchaste?

TUPAC AMARÚ. — Por ellos luché.

ARECHE. — ¡No valía la pena, indio! ¡No comprenden, nunca comprenderán! El viento los arrastra de un charco a otro charco, porque sus raíces están podridas. Nacieron para el charco. Nadie puede hacer nada por ellos...

TUPAC AMARÚ. — Yo no hice nada por ellos. Ellos hicieron todo por mí.

ARECHE. — ¿Qué estás diciendo?

TUPAC AMARÚ. — Me enseñaron a vivir. Cuando mi alma pedía paz, su dolor me enseñó el camino de la lucha. Cuando mis dedos deseaban tocar pequeñas cosas, me obligaron a tomar las montañas. Yo no hice nada por ellos. Era un pobre indio que lloraba cuando subía des-

calzo una montaña. Ahora usted me tortura y no grito, porque ellos me enseñaron que hay un límite para el dolor y que más allá de ese límite están el hombre y su felicidad.

ARECHE. — ¡Es mentira, esclavo, es mentira! Más allá del dolor está la muerte y no quedará nada de nosotros...

TUPAC AMARÚ. — Lo compadezco, señor Visitador. Ya una vez pedí paz para su alma...

ARECHE (*lo mira como afiebrado*). — ¿Tú? ¿Fuiste tú? ¡Quiero verte de rodillas, esclavo, de rodillas... hasta que comprendas que nadie se acordará de ti!

TUPAC AMARÚ. — Puedo estar de rodillas... (*Se arrodilla.*)

ARECHE (*lo mira en los ojos*). — ¡No estás ciego, maldito, no estás ciego!

MEDINA (*asustado por el arranque de Areche*). — ¡Pero señor Visitador!...

ARECHE (*a Tupac Amarú*). — ¡Quiero que te vean de rodillas!... (*Va hasta la puerta y llama a gritos.*) ¡Esclavo! (*Vuelve.*) ¡Quiero que te vean de rodillas!... (*Entra el esclavo indio.*) ¡Llévate la taza y cuando pases a su lado, escúpelo! (*El indio toma la taza de chocolate. Se aproxima lentamente al inca. Vacila. La taza cae al suelo y se rompe. El indio queda rígido. Cabrera exasperado, corre hacia él y lo golpea con su espada. El indio se arroja en los brazos del inca.*)

MEDINA (*se ha puesto de pie y grita*). — ¡Ya

es bastante! ¡El juicio ha terminado! ¡La sentencia... lea la sentencia de muerte señor Fiscal!
(*Mata Linares corre hacia el balcón y lee.*)

MATA LINARES. — Habiendo finalizado el juicio contra los traidores a Dios y al Rey, Micaela Bastidas y José Gabriel Condorcanqui...

TUPAC AMARÚ (*abrazando al esclavo, dice al mismo tiempo que Mata Linares lee*). — Hemos vencido... hemos vencido... (*Mientras Areche lo mira con los ojos muy abiertos, como si no comprendiera.*)

ACTO TERCERO

*En la obscuridad se escucha el repiqueteo de un
tambor y la voz del Pregonero.*

PREGONERO. — Hoy, diez y ocho de mayo de mil setecientos ochenta y uno, será ejecutada la sentencia contra el traidor Tupac Amarú y su mujer, Micaela Bastidas. ¡Oh, día de gloria para el Cuzco! . . . *(Se alejan el Tambor y el Pregonero. Tormenta. Un rayo hace trizas la obscuridad. El escenario se ilumina lentamente. Dos lugares de acción: el escritorio de Areche y la celda de Tupac Amarú, conectados entre sí. En la penumbra, Areche está recostado en su sillón. En la celda, Tupac Amarú está sentado y engriñado. Frente al inca, están Medina, Moscoso y Mata Linares. A un costado, el Carcelero borracho.)*

MEDINA *(termina de leer la sentencia).* — “ . . . Y se te cortarán las manos y los pies, te arrancarán los ojos y la lengua, tu cuerpo será descuartizado y cremado y tus cenizas arrojadas al río Huatanay. Firmado: Don José Antonio de Areche, Visitador General.” *(Se vuelve a*

Mata Linares.) ¿El Visitador General no vendrá?

MATA LINARES. — No. Su estado empeoró desde ayer.

MEDINA. — Es lamentable. (*A Tupac Amarú.*) Vendremos pronto a buscarte.

TUPAC AMARÚ. — Quiero confesarme.

MOSCOSO. — No hay confesión para ti. Ni siquiera en mí debe quedar el recuerdo de tus hechos y de tus pensamientos. Arrepiéntete en ti mismo.

MEDINA. — Que alguien se apiade de tu alma. . . (*Salen.*)

CARCELERO. — ¡Te cortarán la lengua, indio te cortarán la lengua!

PREGONERO. — Hoy, diez y ocho de mayo de mil setecientos ochenta y uno, será ejecutada la sentencia contra el traidor Tupac Amarú y su mujer, Micaela Bastidas. ¡Oh, día de gloria para el Cuzco! . . . (*Entra Cabrera en el despacho de Areche.*)

CABRERA. — Señor Visitador, hemos puesto en la plaza un palco para usted. ¿Asistirá a la ejecución?

ARECHE. — No, Cabrera. Hace demasiado frío para mi pobre salud. En España, podría. . . ¿Sabes que en España es primavera y los árboles florecen? (*Ríe.*) Pero aquí el frío ha podrido mis huesos. Veré la ejecución desde el balcón. . . (*Cabrera va a salir.*) ¿Qué día es hoy, Cabrera?

CABRERA (*sorprendido*). — Diez y ocho de mayo, excelencia...

ARECHE. — ¿De qué año?

CABRERA. — De mil setecientos ochenta y uno. Pero...

ARECHE. — ¿Estás seguro que hoy es diez y ocho de mayo de mil setecientos ochenta y uno?

CABRERA. — El pregonero lo ha repetido desde la mañana, excelencia. ¿Se siente usted mal?

ARECHE. — No... no. De pronto creí que flotaba en el tiempo, en un día cualquiera, sin fecha y sin hora. ¡Oh, cómo le temo a esos días, Cabrera!

CABRERA (*asustado*). — Será mejor que cierre la ventana, excelencia...

ARECHE. — No, déjala abierta. (*Pausa.*) Tú también les temes, Cabrera. Pero hoy es diez y ocho de mayo de mil setecientos ochenta y uno.

CABRERA. — ¡Día de gloria para el Cuzco! Los caciques rebeldes aceptaron el perdón... ¡Hemos vencido!

ARECHE. — ¡Mírame bien! Soy el vencedor. Pero si me ves perderme en la tormenta pínchame con tu espada y recuérdame que soy el vencedor...

CABRERA. — No hará falta. El pueblo de Cuzco entona himnos de triunfo a su excelencia.

ARECHE. — ¡Mi buen pueblo del Cuzco!... ¿Qué piensas hacer en la paz, Cabrera?

CABRERA. — Sería conveniente hablar cuando la salud de su excelencia mejore...

ARECHE. — Pienso otorgarte el cargo de corregidor, que tenía tu padre.

CABRERA. — No, excelencia... ¡No!

ARECHE. — ¿No? ¿Deseas un puesto más elevado?

CABRERA. — No... Quisiera... volver a España...

ARECHE (*vuelve el sillón hacia Cabrera y lo mira fijamente. Sus ojos arden*). — No, cobarde. Te quedarás aquí... Eres español y te quedarás aquí. Quieres sedas y encajes, ¿no? ¡Cómpralos en el mercado y acarícialos en tu alcoba por las noches!... ¡Pero durante el día eres español! ¡Serás Corregidor!

CABRERA. — ¡Excelencia, por favor!... ¡No quiero volver entre los indios!

ARECHE. — ¡Lleva contigo un ejército y al que te mire en los ojos, quémalo o tíralo a un precipicio! Pero te quedarás aquí, Cabrera. (*Pasa el Pregonero.*)

PREGONERO. — ¡Oh, día de gloria para el Cuzco! ¡Oh, día de gloria para el Cuzco!...

ARECHE. — Cierra las ventanas. Hace demasiado frío... (*Cabrera se acerca al ventanal. Estalla un rayo. Cabrera se asusta y retrocede.*)

CABRERA. — ¡Parece un maleficio!

ARECHE. — ¡Maleficio o no, hoy es diez y ocho de mayo de mil setecientos ochenta y uno! ¡Cierra las ventanas! (*Cabrera cierra las ventanas. Entra Flores.*)

FLORES. — Señor Visitador, vengo a despedir-

me. Debo partir para Azángaro, donde los caciques rebeldes aguardan para la ceremonia del perdón.

ARECHE. — ¡Ah, sí... el perdón! ¿Ya se sabe quién incendió el depósito de armas?

FLORES. — Creemos que fue un descuido de los centinelas. Estaban borrachos.

ARECHE. — Que los pongan en el cepo. ¡Tal vez las ratas les curen la borrachera!

FLORES. — Ya lo hice. Acusan a los indios, pero mienten...

ARECHE. — ¡Mienten! Los indios se han rendido. ¡Ah, si pudiese poner en el cepo esta maldita tormenta! Bien, le desco un buen viaje, señor Flores.

FLORES. — Señor Visitador ¿quién irá conmigo en nombre del Rey?

ARECHE. — Nadie.

FLORES. — ¿Nadie? Soy sólo un militar, señor Visitador...

ARECHE. — Era, señor Flores. Cabrera irá con usted y con él su nombramiento de Presidente de la Audiencia de Charcas.

FLORES (*asombrado*). — ¿Presidente de la Audiencia de Charcas?

ARECHE. — ¿Por qué no? Usted ha vencido a los rebeldes. Hoy es el día de su triunfo y el Rey le hace llegar su agradecimiento...

FLORES. — Soy criollo...

ARECHE. — ¿Y qué? Los criollos lucharon junto a nosotros.

FLORES. — Señor Visitador... Pensaba pedir el retiro a mi regreso de Azángaro.

ARECHE. — Denegado. Imposible huir, señor Presidente. Dondequiera que vaya habrá un inca que pensará: ese es el hombre que mató a Tupac Amarú. Usted y yo somos casi iguales, Flores. Cabrera leerá su nombramiento ante los caciques y usted lo pondrá en posesión del cargo de corregidor...

FLORES. — ¡Eso es imposible! Los incas recuerdan demasiado a su padre...

ARECHE. — ¡Nosotros los hemos perdonado a ellos, no ellos a nosotros! Recuérdelo, cuando sea Presidente de la Audiencia... Que tenga un buen viaje, señor Flores. Cabrera, hijo mío, tómame una botella de vino. Estás demasiado asustado...

PREGONERO. — Hoy, diez y ocho de mayo de mil setecientos ochenta y uno, será ejecutada la sentencia contra el traidor Tupac Amarú y su mujer, Micaela Bastidas. ¡Oh, día de gloria para el Cuzco! *(Flores y Cabrera salen. Flores desciende a la celda de Tupac Amarú. Allí, el carcelero grita, en el momento que Flores entra.)*

CARCELERO. — ¡Te cortarán la lengua, indio, te cortarán la lengua!

FLORES. — ¡Cállate, imbécil!

TUPAC AMARÚ *(después de un largo silencio)*. — ¿Estás ahí?

FLORES *(suave)*. — Estoy aquí.

TUPAC AMARÚ. — Tienen miedo de que me

duerma. ¡Como si un ciego necesitara dormir para soñar! (*Largo silencio de los dos.*) ¿Eres tú, sombra?

FLORES. — No, no soy...

TUPAC AMARÚ (*lo interrumpe*). — ¡Sí, eres una sombra! Desde hace tres días, sólo tu sombra me habla con esa voz. Si tienes manos y no les han puesto cadenas, dame de beber... (*Flores le alcanza el agua. Bebe.*) Sombra, ¿no he bebido antes de tus manos?

FLORES. — Sí, desde que estás aquí.

TUPAC AMARÚ. — ¿Es día o noche afuera?

FLORES. — Es de día.

TUPAC AMARÚ. — El día de mi muerte, entonces... (*Flores calla.*) Mi mujer, ¿también ha sido condenada?

FLORES. — Sí.

TUPAC AMARÚ. — ¿Le cortarán la lengua y le arrancarán los ojos? (*Flores no contesta.*) Dame de beber... (*Flores lo hace.*) ¡Tiemblas! ¿Por qué tiemblas? (*Pausa.*)

FLORES. — Pronto vendrán a buscarte y todo habrá terminado...

TUPAC AMARÚ. — ¡No, nada termina con la muerte! Ya supe desde el principio que iba a morir.

FLORES (*se aproxima a él*). — ¿Y por qué continuaste?

TUPAC AMARÚ. — Porque mis indios necesitaban que alguien muriese por ellos.

FLORES. — ¡Pero ahora te olvidan! ¡Acepta-

ron el perdón y te esperan en la Plaza para insultarte y arrojarte piedras!

TUPAC AMARÚ. — Son débiles y siempre fueron esclavos. Pero al fin día recordarán que por un momento fueron libres...

FLORES. — ¡Yo te combatí! Soy un hombre que ayudó a tu muerte.

TUPAC AMARÚ. — Pero ahora estás aquí.

FLORES. — Porque no sé si hice bien o mal.

TUPAC AMARÚ. — Pero ahora estás aquí.

FLORES. — Sí, ahora estoy aquí... no sé por qué...

TUPAC AMARÚ. — ¡Por un momento creiste en mí, creiste en mí!... ¡En un hombre ciego y encadenado!...

FLORES. — ¡Sí... creí... creí... creí!

TUPAC AMARÚ. — ¡Ah, sombra... si sólo fueses un hombre y no una sombra!

FLORES. — Pero soy una sombra... nada más que una sombra... ¡Qué extraña es la vida, hombre ciego y encadenado! Hace fuertes a algunos hombres en el infortunio y débiles a otros en la gloria... *(Comienza a oírse un lejano repique-tear de tambores.)* Pronto vendrán a buscarte... *(Sale lentamente.)*

PRECONERO. — ¡Oh, día de gloria... oh, día de gloria! *(Pausa. En la celda entra Micaela.)*

TUPAC AMARÚ *(presiente que hay alguien cerca suyo y se yergue un poco)*. — ¿Todavía estás ahí... no te has ido? ¿Quién?... ¿Eres tú?...

MICAELA. — ¡Soy yo... Micaela!... Alguien hizo que el carcelero me trajese...

TUPAC AMARÚ. — ¡No hables... no hables! *(Le acaricia la cara.)* ¡Deja que te aprenda de memoria! *(Busca con sus manos los ojos de ella.)* Tus ojos... tus ojos... ¿tus ojos ven? Sí... sí... *(Pausa. Sencillamente.)* Estoy ciego, Micaela... *(Con desesperación.)* ¡Sólo te recuerdo con un fusil en la mano! *(Grita.)* ¡Quiero verte! ¡Quiero que me dejen verte!... *(Se ha puesto de pie y ella se abraza a su pecho.)*

CARCELERO. — ¡Deja de gritar, indio! ¡Si se enteran que hemos traído aquí a tu mujer, nos ahorcarán a todos!

TUPAC AMARÚ. — No debo gritar. Yo no debo gritar. ¡Ah, qué pocas palabras hay entre nosotros!

MICAELA. — ¡No son pocas... no son pocas!

TUPAC AMARÚ *(en un lamento)*. — Estoy ciego, Micaela...

MICAELA. — ¡No estás ciego! Tócame... ¿No me reconoces? Tómame de las manos y verás lo que yo veo...

TUPAC AMARÚ. — ¿Qué veo, Micaela?

MICAELA. — Ya no existen paredes... ya no existen sombras...

TUPAC AMARÚ. — ¡Sin embargo, veo sombras!

MICAELA. — Son los hombres. ¡Han crecido desde que nos fuimos!

TUPAC AMARÚ. — Y más adelante, ¿qué veo más adelante?

MICAELA. — Un cóndor y niños, las montañas cubiertas de jardines, la noche que estalla en un millón de estrellas, y que cada estrella pertenece a un inca...

TUPAC AMARÚ. — Veo, veo, Micaela... ¡Más, más adelante!

MICAELA. — Tus indios... ¡Son tus indios que vienen hacia ti!

TUPAC AMARÚ. — ¡Sí, sí!... Siento que trepan por mis brazos... ¡Basta, sombras, basta! ¿Qué clase de honore soy, Micaela? Debería odiarlos, porque quise sacarlos de las tinieblas y me combatieron... y sin embargo voy a morir por ellos!

MICAELA. — Te esperaron mucho tiempo y tú no podías ser de otra manera. Ese es tu triunfo. Algunos no comprendieron, pero ya comprenderán.

TUPAC AMARÚ. — Sí, comprenderán... y cada vez que los castiguen se abrazarán a nuestro recuerdo... *(Quedan en silencio.)* Entonces, es cierto que estás aquí...

MICAELA. — Sí, mi amor. Estoy aquí, a tu lado, como siempre.

TUPAC AMARÚ. — Quiero que me perdones. Viví para la lucha y olvidé que eras mi mujer...

MICAELA. — No lo olvidaste. Tú me diste hijos... me diste caricias.

TUPAC AMARÚ. — ¡No quisieron confesarme, Micaela! Creen que pueden cerrarme el camino

hacia Dios. Pero tú y yo lo recorreremos juntos, tomados de la mano...

MICAELA. — Sí, mi amor. Tú y yo, tomados de la mano. (*Se toman la mano.*)

TUPAC AMARÚ. — Micaela... yo te hago mi Dios. (*Se arrodilla. Ella queda de pie, tomándole una mano.*) Micaela...

MICAELA. — ¿Qué?

TUPAC AMARÚ. — Desde el principio supe que iba a morir y seguí adelante, sin importarme la muerte de los demás. ¿Es eso pecado?

MICAELA. — No sé.

TUPAC AMARÚ. — Desde el principio tuvimos que decidir demasiadas cosas y éramos hombres. ¿Fue pecado decidir?

MICAELA. — ¿Eres feliz, mi amor?

TUPAC AMARÚ. — ¡Sí, sí... soy feliz!

MICAELA. — Entonces, no fue pecado.

TUPAC AMARÚ (*musita como una plegaria*). — Amén... (*Empieza a escucharse un suave redoble de tambor. El redoble golpea con más fuerza y el Carcelero grita.*)

CARCELERO. — ¡Te cortarán la lengua, indio; te cortarán la lengua!

TUPAC AMARÚ. — ¡Arrúllame, Micaela, arrúllame!

MICAELA (*comienza a cantar suavemente*):

“Cuando a su amor pierde,
triste tortolilla amante...”

(*Su voz se quiebra en un sollozo.*)

TUPAC AMARÚ. — ¡No, Micaela, no! ¿Qué será de mí si te oigo gritar?

MICAELA. — No me oirás. (*Recomienza muy suavemente su canto.*)

“Cuando a su amor pierde,
triste tortolilla amante...”

(*Ella está de pie. Él, arrodillado. El redoble del tambor prosigue suavemente. Su voz se desvanece con la luz.*)

PREGONERO. — Hoy, diez y ocho de mayo de mil setecientos ochenta y uno, será ejecutada la sentencia contra el traidor Tupac Amarú y su mujer, Micaela Basidas. ¡Oh, día de gloria para el Cuzco! (*Estalla un trueno ensordecedor. Las ventanas se abren en el despacho de Areche y un rayo corta la oscuridad.*)

ARECHE (*está solo. Grita*). — ¡Cabrera!... ¿Qué ha sido eso? ¿Otra vez el depósito de armas? ¡Haré ahorcar a esos malditos centinelas! (*Llega la voz del Pregonero.*)

PRECONERO. — ¡Oh, día de gloria para el Cuzco!... ¡Oh, día de gloria para el Cuzco! (*Empiezan a resonar con más fuerza los tambores.*)

ARECHE. — ¡Cabrera, te ordené cerrar las ventanas! ¿Dónde estás, Cabrera?... Me han dejado solo... (*Vuelve el sillón hacia la ventana. Se incorpora trabajosamente.*) Están abiertas... ¿Por qué todo sucede dentro de esta pieza? ¡Cabrera! (*Cabrera entra y ve, sorprendido, que Areche se ha incorporado.*)

CABRERA. — ¡Excelencia, no debió levantarse!

ARECHE. — ¿Qué ha sucedido? ¿Incendiaron nuevamente el depósito?

CABRERA. — ¡No, fue un rayo! Cayó en medio de la plaza... ¡Ha venido la noche en pleno día! Esto es cosa de fantasmas, excelencia...

ARECHE. — ¡Estás borracho! Saldrá el sol y mañana habrás olvidado los fantasmas... (*Empieza a aumentar el redoble de los tambores.*)

¿Ya vienen a buscarlo?...

CABRERA. — Sí, excelencia. ¿Bajará usted al calabozo?

ARECHE. — ¡No! Miraré desde mi balcón... No permitas que nadie se retire de la plaza hasta que todo haya terminado. (*Entra Medina.*)

MEDINA. — Señor Visitador... me alegra verle de pie. Temí que estuviese durmiendo...

ARECHE. — ¿Durmiendo? Ya habrá tiempo para dormir. (*Mira por la ventana.*) ¿No es poca la gente, señor Oidor?

MEDINA. — Sí... Justamente venía por eso. Creo que deberíamos postergar la ejecución por algunas horas...

ARECHE (*se vuelve furioso*). — ¡No!

MEDINA. — ¡Señor Visitador, esta tormenta infernal...

ARECHE. — ¡Al diablo la tormenta! ¿También ellos creen en fantasmas? ¡Mis huesos se pudrieron por culpa de este pueblo cobarde y ellos le temen a una tormenta! No habrá postergación.

MEDINA. — Tal vez si usted bajara a la plaza...

ARECHE (*desvía la vista*). — No puedo. Estoy enfermo.

MEDINA. — Entonces, no sé cómo hacer...

ARECHE. — ¡Que salgan mil pregoneros por las calles de Cuzco! (*Entra Mata Linares.*)

MATA LINARES. — Señores, está sucediendo algo muy extraño... No hay un indio en toda la ciudad...

MEDINA. — ¿Qué?

ARECHE. — ¿Qué está diciendo? ¡He ordenado la asistencia de todos los indios a la ejecución!

MATA LINARES. — Ya lo sé, pero no hay un solo indio en la plaza...

ARECHE. — ¡Que los busquen en las calles, en las casas y que los traigan!

MATA LINARES. — Lo hicimos, señor Visitador, pero no fue hallado ninguno...

ARECHE. — ¡Cabrera!... ¡Cabrera!

CABRERA. — Excelencia...

ARECHE. — ¡Te pondrás al frente de todos los soldados del Cuzco y revisarás casa por casa! ¡Quiero en la plaza, y encadenados, a todos los indios de la ciudad! A todos, Cabrera... a todos y encadenados... (*Cabrera lo mira y sale.*)

MEDINA. — Es la tormenta, señor Visitador... Tienen miedo...

ARECHE (*grita*). — ¡No, no es la tormenta! ¡Y no tienen miedo!... ¡Ustedes tienen mie-

do... no saben nada, nunca sabrán nada! ¡Se pudrirán dulcemente y morirán en la ignorancia!

MATA LINARES. — Pero, señor Visitador...

ARECHE. — ¡No habrá postergación! ¡Vendrán encadenados a la plaza y sabrán que ÉL ha muerto y que son esclavos!... ¡No habrá postergación!... ¡No habrá postergación!... *(Queda de espaldas a ellos. El tambor resuena con más fuerza. Medina y Mata Linares salen. Llega la voz del Pregonero.)*

PREGONERO. — ¡Oh, día de gloria!... ¡Oh, día de gloria!

ARECHE. — ¡Día de gloria, será hoy y ahora!... *(Su cuerpo se afloja.)* ¡Dios mío, me parece flotar! *(Se vuelve violentamente hacia donde estaban Medina y Mata Linares.)* ¡Señor Oidor!... ¡Señor Fiscal!... *(No los ve.)* Estoy solo... me han dejado solo... *(Va hacia las ventanas.)* ¡Maldita tormenta, tienes forma humana! ¡Dios mío, no me dejes morir solo, sin confesión! *(El tambor llega con más fuerza. Areche se arrastra hasta su sillón.)*

PREGONERO. — ¡Hoy, diez y ocho de mayo, será ejecutada la sentencia!

ARECHE. — ¡Cierra las ventanas, Cabrera!... Me han abandonado... Tienen miedo y me han abandonado... ¡España, me enviaste a morir entre fantasmas! ¡Dios mío, no me dejes morir aquí! Estoy solo... Estuve solo desde que llegué a esta maldita tierra... ¡No debí hacerte matar, indio! Sólo tú me hiciste siempre com-

pañía... ¡No debí hacerte matar! Debí tomarte de la mano y pasear contigo por el mundo...

PREGONERO. — ¡Oh, día de gloria!... ¡Oh, día de gloria!...

ARECHE. — ¡Pero has muerto! ¡Has muerto hoy y para siempre!

PREGONERO. — ¡Hoy, diez y ocho de mayo de mil setecientos ochenta y uno, será ejecutada la sentencia!

ARECHE (*corre hacia la ventana*). — ¡Sí, sí!... ¡Tu cuerpo ha sido quemado y tus cenizas arrojadas al río y tu nombre olvidado!... (*La tormenta arrecia. Un trueno estalla y un rayo atraviesa el cielo. Cabrera entra muy excitado.*)

CABRERA. — ¡Excelencia, los indios se han encerrado en las iglesias y cantan!... ¡No podemos hacer nada!

ARECHE (*con una voz extrañamente neutra*). Quema las iglesias, Cabrera.

CABRERA. — ¿Cómo?

ARECHE. — ¡Quema las iglesias y llévalos encadenados a la plaza!

CABRERA (*muy asustado*). — No puedo, excelencia... El Inca está en el tormento por quemar iglesias...

ARECHE. — No. ¡Lo hice matar porque se creyó Dios! (*Por las ventanas abiertas, la tormenta trae el canto de los incas. Areche se siente desfallecer.*) Cabrera... No te vayas, hijo mío... No me dejes solo... ¡Irás a España... te prometo que irás a España... pero no me dejes

solo!... *(Cabrera lo sostiene y lo lleva hacia el sillón. Areche cae en él. Cabrera conserva una mano de Areche entre las suyas. De pronto lo mira asustado, y la suelta. La mano del Visitador cae pesadamente. Cabrera retrocede. Mata Linares entra precipitadamente.)*

MATA LINARES. — Señor Visitador... ¡No podremos arrojar las cenizas del inca al río Huanay!... ¡La tormenta las ha dispersado!... *(Se detiene. Mira a Cabrera y, sorprendido por la expresión de éste, se aproxima a Areche.)* Señor Visitador... Señor Visitador...

CABRERA. — El señor Visitador General... ha muerto. *(Y mientras las campanas redoblan, el telón cae lentamente.)*

FIN

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RF